

Relatos Galardonados Concurso Literario
Mundo PipíCucú - Quedate en Casa

CUA REN TENA



EsMeCu editorial
Edición Especial 2020

CONCURSO LITERARIO

Mundo PipíCucú Quedate en Casa

JURADO

Honorio Zelaya de Nader
Doctora en Letras

María del Carmen Tacconi
Prof. Doctora en Letras

Luciano Eduardo Jorrat
Director EsMeCu

GALARDONADOS

› CATEGORÍA 1 (13 a 17 años)

PREMIO

Florentina Lesnik Aráoz

MENCIONES

Gerardo José Frías

María Pilar Cámpora

Evelin Yuliana Quiroga

› CATEGORÍA 2 (18 a 24 años)

PREMIO

Lourdes Albarracín

MENCIONES

Fabrizio Angelicola

Carla Andrea Rivas

› CATEGORÍA 3 (Mayores de 25 años)

PREMIO

Alejandro Gil

MENCIONES

Mirta Elda Sema

Claudia Sivina Acosta

Paulo Luis Patricio Olmos



EsMeCu
editorial

Relatos Galardonados Concurso Literario
Mundo PipíCucú - Quedate en Casa

CUARENTENA

EsMeCu editorial
Edición Especial 2020

ÍNDICE INTERACTIVO

› CATEGORÍA 1

El país de los iguales - <i>Florentina Lesnik Aráoz</i>	06
El fin del mundo está a la vuelta de la esquina - <i>Gerardo José Frías.</i> ..	15
Hotel California - <i>María Pilar Cámpora</i>	17
No todo es real - <i>Evelin Yuliana Quiroga</i>	21

› CATEGORÍA 2

Un asesino serial - <i>Lourdes Albarracín</i>	26
El mal invisible - <i>Fabrizio Angelicola</i>	30
La esperanza de las flores - <i>Carla Andrea Rivas</i>	35

› CATEGORÍA 3

Toc-toc, alguien anda por allí - <i>Alejandro Gil</i>	42
Doña cocina - <i>Mirta Elda Sema</i>	45
El sobreviviente - <i>Claudia Sivina Acosta</i>	47
No estamos tan solos - <i>Paulo Luis Patricio Olmos</i>	49

CATEGORÍA 1

De 13 a 17 años

El país de los iguales

Florentina Lesnik Aráoz - 16 años

En un mundo en el que valía más el dinero que la empatía, un mundo de cuyo nombre no quiero acordarme, existía un país. A ver... En ese mundo había muchos países, plagados de codicia, egoísmo y envidia, pero había uno en específico, que no tenía nada en específico. Uno de por ahí, perdido en la esfera, escondido en algún recoveco desconocido, en las profundidades de la condenada miseria eterna, bien, bien abajo. Lo curioso es que, según la ciencia, en el Universo no existen ni el “abajo” ni el “arriba”, ni el “norte” ni el “sur”. Y aun así, nadie duda de que estaba abajo, pero bien, bien abajo.

Pocos siquiera eran conscientes de su existencia. A otros, que sí sabían que estaba por ahí varado, les importaba un pueblo qué había allí. Así que la cantidad de personas que de hecho lo conocían, que habían estado paradas en las tierras desiertas llena de gente, era casi inexistente, y ese granito de arena le llamaba “El País de los Iguales”. Cada uno de sus habitantes aspiraba, anhelaba y procuraba ser tan distinto como le fuese posible ser respecto al otro habitante que tenía

justo al lado. En ese país no había nada peor que ser como tu rival. Porque eso eran los habitantes: rivales. Entre ellos se miraban con altivez y desagrado cuando se cruzaban por las calles, lo justo y necesaria como para tener la información suficiente para andar hablando mal a las espaldas después.

Su población entera quería ser distinta y admirada, tener más, ser mejor, resaltar, estar en la cima. Era inconcebible, intolerable, ¡un pecado!, ser como tu oponente, tu estorbo para conseguir lograr tu meta personal, aunque quizás ni tuvieras una. Todos, en ese país, vivían encerrados y atados por elección propia y voluntaria a una sola palabra tóxica: “yo”. Y yo no sé si ustedes sabían, pero para poder remarcar, se necesita borrar a los demás. O por lo menos eso decía el refrán más reproducido en ese país.

“No puedo ser como ellos, tengo que superarlos con empeño. No me van alcanzar, simplemente no me pueden igualar”. Así empezaba el pensamiento con el que nacían impregnados los ciudadanos. ¿Hace falta que haga explícito que todos lo repetían en sus cabezas?

“Los días transcurren uno tras otro, segundo tras segundo. Voy para aquí, voy para allá, hago esto y hago aquello. El tiempo es justo, no espera ni perdona. En las mañanas, las luces se prenden y los autos se encienden. La gente camina, y hasta que la noche cae no termina. La gente arranca, no hay nadie en la banca. Los núme-

ros suben sin dudar, al igual que las cuentas en el banco con su infatigable maquinar. Aspiro la droga hasta que no cabe más en mis pulmones, la blanca satisfacción que crea y copia clones. Busco el placer, mi placer inmediato, servido en plato. No importa nada, no importa nadie. Solo yo. (Y la cosita que surgió era chiquitita, tan chiquita que casi que ni existía.). "Trabajo hasta que me duele el cuello. Vendo y consumo sin parar, sin frenar, sin escuchar." (Y comenzó a crecer.). "Trato mal, hablo mal, miro mal." (Crecía más...). "Exploto con los ojos ciegos el petróleo de oro, mientras observo y no lo lloro. Cavo y cavo sin cesar, rompo manos sin parar. Tiro basura donde no va, que se acumula en el mar, justo donde yo no la puedo mirar." (Y más...). "Quemo las sobras que han de quedar, ya hasta me cuesta respirar. Conmigo me llevo a los que ni como yo son, porque alimentan mi barriga, pero destruyo su corazón. Nada es gratis, siempre hay un precio que pagar, alguien lo iba a tener que cobrar." (Y aún más... Solo un poco...). "Montañas de poder en mis manos voy a tener."

Y explotó.

Todos aquellos pensamientos individualistas hicieron estallar las burbujas en la que estaban encerrados, que permanecían contenidas en el cuerpo de los ciudadanos de ese país. Fue catastrófico.

Los primeros en enfermarse del virus del mal fueron los que llevaban corona, y debajo de ella guardaban los más asquerosos pensamientos. Eran personas teñidas de una blanca piel, poseedoras de incontables riquezas. Eran los que encabezaban la pirámide mundial y miraban desde la punta para pisotear a los que estaban por debajo. Fueron tantos los infectados y todo sucedió de forma tan repentina que fue imposible contenerlos. No hubo tiempo de explicarles, de hacerlos entrar en razón.

El virus no perdió el tiempo. Ya con su entidad definida, se propagó rápidamente, comenzando por los que estaban más cerca. Las familias con corona quedaron devastadas, ni un pariente terminó vivo. Los demás habitantes del país observaron el caos de los coronados desde la comodidad de su hogar. Pero lo más interesante fueron las reacciones de esos habitantes. Por primera vez en la historia, fueron distintos. Algunos, los que rozaban las coronas, sonreían contentos porque el virus era su aliado: había quitado del camino a sus más grandes competidores. Por supuesto que, como es de esperarse, la alegría no les duró mucho. Ellos siguieron en la lista de infectados. E igual desaparecieron del mapa. Otros, se decían que no pasaba nada, que era todo un espectáculo, que a ellos no les iba a llegar.

¡Ding, dong! ¡Sorpresa!

La lista aumentaba. Y conforme aumentaba, el virus lo hacía con ella. Mutaba y sacaba a la luz las oscuridades más tremendas y escabrosas de la raza humana. Los anuncios de las muertes salían en la tele. Cada vez eran más y más alarmantes los casos de los enfermos, pero todos coincidían en que los infectados morían de la misma forma, una muy particular: se ahogaban en su propia sed de poder, hasta el punto de no poder respirar más. Sus pulmones eran bloqueados por el virus, y caían al suelo asfixiados.

Los días que le siguieron al suceso fueron cortos y muy justos. Los igualados continuaban con sus vidas sin saber qué hacer. Almorzaban mirando el noticiero y por ahí se les atragantaba un pedazo de comida por el espanto. También estaban los más desquiciados, que llegaban al nivel de burlarse de los que no habían aguantado. Estaban convencidos de que no les iba a pasar nada, que ellos estaban bien. Que tenían familias a las que querían, que eran buenas personas. Creían que ellos iban a sobrevivir. De repente, el virus les tocó la puerta, y si ya era mala la situación, había ya empeorado. El virus no solo era un virus, era algo más... Nadie sabía qué. Pero se sentía diferente. Te ahogabas, pues el virus te estrangulaba, pero no era lo mismo, no... Era el pánico, la histeria, la paranoia.

El miedo se esparció aún más rápido.

*¿Vamos a morir? ¿Será este nuestro fin? ¿Y ahora?
¿Qué hacemos?*

Los igualados se señalaban entre ellos, buscando culpables. Ninguno se apuntó a sí mismo. Culpa suya no podía ser, no, no, no... Era culpa de alguien más. Y al culpable lo iban a encontrar y lo iban a castigar.

Un día, entre el desorden, un pequeño clan perteneciente al país con algo de renombre, descubrió su respuesta, la solución que los iba a salvar de la destrucción. Ese era un aquelarre envidiado por algunos, detestado por otros más. Y aunque no logro recordar ahora qué rayos era lo que los hacía de algún modo especiales, sí sé que se les ocurrió una idea. Una idea excepcional que los iba a hacer distintos, distintos al fin.

—Nos vamos —anunció sentado a la mesa el patriarca Juan Carlos González. Cuando sus padres decidieron ponerle ese nombre, tuvieron en consideración que ningún igualado se llamaba así, por lo que les pareció perfecto para su hijo, que como era su hijo seguro iba a crecer fuerte para ser un destacado hombre de negocios. Por desgracia, ese mismo año el nombre se volvió popular por la misma causa y esa maldita moda dejó en un segundo plano a Juan Carlos. A pesar de eso, él sabía que había llegado al mundo para sobresalir. Eso lo llevó a usar de una vez su voz gruesa, dura como la piedra, tajante la como tijera, llana e inexpressiva como el blanco papel. Su tono imperante no daba

lugar a reproches, quejas, ni segundos pensamientos. Lo que él decía, en el momento en el que lo decía, así se hacía. Y punto final.

—¿A dónde? —preguntó tímidamente su mujer, María Graciela de González. Era una mujer bien educada, de buena familia, fina, y se ocupaba única y exclusivamente de poseer unos modales lo suficientemente pomposos como para demostrarles a todas las otras mujeres de su barrio que ella era la más, más amable y la más educada. Además de la más bonita, no olvidemos.

—Al extranjero —contestó Juan Carlos con su helada frialdad habitual.

En un lapso de cuatro segundos, un vaso se estrelló contra la mesa, dos tenedores se cayeron al suelo produciendo un estrépito, tres gritos agudos salieron despedidos y cuatro pares de ojos (incluidos los de la mucama) se quedaron mirando fijamente al hombre ubicado en la punta sin poder hacer justicia a lo que sus oídos escuchaban.

Por lo visto, en ese país se había difundido un mito, un rumor por lo bajo, de oreja a oreja y entre malas lenguas, que proclamaba con mucha seguridad que en el exterior, en un sitio que nada tenía que ver con el nimio interior, todo era mejor. Que la gente viajaba durante largos meses hacia aquellas tierras lejanas, aunque le cos-

tara eso la muerte. Iban con el único objetivo de probar suerte, para cumplir el famoso “sueño inigualable”. Ahí, a ese paraíso de gran demanda tenía que irse a vivir la familia González, lo antes posible. Tenían que vencer a todos aquellos extraños que habían intentado llegar en un pasado y no habían podido, a todos los que se quedarían en el país a sufrir las consecuencias del virus.

Tenían que escapar. Esa familia iba a irse, eso no estaba en discusión.

Se pusieron manos a la obra. No tardaron mucho en empacar porque no se enredaron con despedidas trágicas ni sentimentalismos dramáticos. Tenían su destino bien puesto entre ceja y ceja. Empacaron sus cosas, y Ana y Santiago, los hijos González, aprovecharon para hacer una pequeña competencia para ver quién terminaba antes de armar las valijas. Porque ni en momentos de crisis se pierden las viejas costumbres.

Los González no tardaron en llegar al extranjero. Les fue fácil encontrar su localización exactamente pues el único pasaje habilitado en las aerolíneas era ese: el extranjero. ¡Hasta les salió barato! ¿Podían sentirse los González más afortunados, más especiales, más elegidos?

Volaron durante algunas horas y lo lograron. Llegaron al paraíso. Aterrizaron y, junto con ellos, lo hicieron otros dos mil aviones más. Los igualados se miraron a

las caras. Todos habían tenido la misma idea. No abandonaron al virus. Se llevaron la peste con ellos.

En un segundo, tres mil quinientas setenta personas murieron asfixiadas de la contradicción. Querían ser diferentes y descubrieron que eran iguales.

El virus les enseñó que, por más que se esforzaran, aún seguían siendo frágiles, quebrantables e indefensos seres humanos.-

El fin del mundo está a la vuelta de la esquina

Gerardo José Frías - 12 años

Esa mañana me desperté y como siempre tomé mi teléfono para ver videos, en ese momento me apareció un video recomendado que decía: EL FIN DEL MUNDO ESTA A LA VUELTA DE LA ESQUINA...

Por miedo no lo vi y lo descarté, luego llegó la hora de ir al colegio, y me preparé con el uniforme, agarré mi mochila y me fui.

No sé porque el video recomendado quedó dando vueltas en mi cabeza y más todavía cuando llegué al colegio y todos hablaban de eso mientras se reían.

Al instante llegó la preceptora para decirnos que nos teníamos que ir, porque corríamos peligro ya que un virus había llegado a nuestro País y que en poco tiempo estaba contagiando muchas personas, el virus COVID-19.

De camino a casa podía escuchar radios y televisores con gran volumen y todos hablaban de lo mismo una Pandemia, yo lo único que quería era llegar rápido y buscar a mi mamá para que me diga que todo esto iba a pasar.

Ese fue el ultimo día que vi a mis compañeros, que recién estaba conociendo en mi ingreso a primer año

de la escuela técnica.

Ese también fue el último día que caminé por las calles y veredas de mi ciudad.

Y comenzaron una serie de medidas cada vez que mi madre salía a comprar, dejar el calzado afuera, rociar las bolsas con alcohol, quitarse la ropa con que salió y lavarla, bañarse, lavarse las manos con frecuencia, hasta ahora...

Hoy me despierto dando gracias a Dios por cada día de vida y rogando que todo esto termine, para volver a estar cerca, para darnos la mano y sentir que hay una nueva oportunidad y que quiero un futuro, una carrera, un sueño por cumplir que hoy estoy más seguro que nunca, quiero ser médico.

Hotel California

María Pilar Cámpora - 12 años

Era una fría noche, estaba en una cama, todo intuitivo de pronto a mi mente llega un recuerdo.

(Años atrás)

Llegue a un baile de mi instituto, ahí estaba ella, con un vestido blanco, no más largo de la rodilla, un grupo de músicos tocaba un canción lenta, bailamos toda la noche. Al terminar nos fuimos a mi coche.

—Júrame que no me vas a abandonar.—me dijo, sus ojos parecían tristes incluso cuando sonrío.

—Te lo juro.— le dije y esa noche sin saberlo nos juramos amor eterno.

Maneje por la carretera, de repente me dijo que pare ahí, era una gran casa, casi parecía un hotel.

—Bienvenido a Hotel California.— escuche una voz que me susurro, era como la de una niña, mire hacia atrás pero no había nadie, en ese momento no dije nada, pero en realidad me había parecido muy extraño.

—¿Mañana vienes por mí?— me pregunta y con

un movimiento de cabeza asiento. Al bajar me tiró un beso al aire y se adentró en ese lugar. Yo sólo seguí mi camino hacia mi casa.

Al otro día, fui a buscarla, íbamos a tener una tarde de picnic, salió de su hogar con un vestido floreado. Ese día fue extraño, mucho más por la frase que me dijo...

—Algunos ángeles están destinados a caer.

Intenté saber a qué se refería pero solo respondió con un simple “algún día lo sabrás”.

Cada vez que hablábamos o salíamos la miraba fijamente. Con la mirada le decía todo, pero nunca se dio cuenta de cuanto la amaba. Pasamos toda una semana juntos, ella era cada vez más extraña, como distanciada.

Sentía celos porque sabía que si alguien más la conocía perdería la cabeza por ella, como me sucedió a mí.

Ya habían pasado casi tres días desde la última vez que la vi, pero hoy decidí visitarla. Al llegar, todo está abandonado, pero igual me pongo a esperar, una señora mayor se acercó a mí, tenía una cara de extrañeza casi como si estuviera sorprendida de verme allí.

—Disculpe joven ¿Qué hace usted aquí? Nadie vive acá hace años.— me dijo y me quedo perplejo ¿cómo? Si hace unos días vine y todo estaba normal.

—¿Segura que nadie vivió aquí?— pregunto esperando una respuesta que me satisfaga.

—Una chica vivió pero ya hace tiempo murió...

—Bienvenido a hotel California.— otra vez esa voz

pero esta vez había sonado como más lejana.

Me voy extrañado de ese lugar, no puede ser que todo allá sido mentira, ella estuvo allí, siempre estuvo allí.

(Presente)

Hoy que estoy en esta camilla, sedado, casi apartado de todo el mundo, ella aparece.

—Hola.— me dice con una sonrisa, sigue teniendo esos ojos vacíos, esos ojos tristes.

—¿Por qué te fuiste? No cumpliste tu promesa.— le digo y trato de no mirarla a los ojos.

—Ya sabes, yo soy un desastre queriendo.— me dice.

De repente me despierto, estoy en el mismo lugar, pero ella no está aquí, solo esta una enfermera con un traje especial, supongo que para no contagiarse del virus que creen que tengo.

—Buen día señor, ¿Cómo se siente hoy?— me pregunta

—Igual que ayer.— ella simplemente me ignora y comienza a acomodar todos los cables que tengo conectados y para romper el silencio incomodo que se había formado, yo decido hablar.— Ame a la misma mujer durante cincuenta años.— digo y ella solamente murmura un “que bonito”.— Ojalá hubiese querido que lo supiera. Aunque tal vez, simplemente, no era para mí.— termino mi frase y la enfermera se queda helada.

—¿Está hablando de la misma mujer que dice que

existió pero en realidad es producto del virus que usted creo?— pregunta y solo pienso lo ignorante que es la nueva generación.

—Sí, y ya les dije que si existe, eso de ese virus es producto de ustedes.— digo e intento cerrar los ojos para no escucharla más.

—¿Usted está consciente del peligro que trajo a la humanidad? No sé de dónde contrajo ese virus o si usted lo creó pero hace ya cincuenta años, infectó a bastantes personas y casi un cuarto de la población mundial murió.— dice y yo sigo ignorándola, lo que está diciendo son solo mentiras.— Entienda que esto no es un juego, por su ignorancia, mato a gente inocente, aun no entiendo porque los especialistas no descubrieron la cura, pero lo que sé es que un persona como usted no debería estar viva.— al terminar de decir eso termino sus estudio y se fue dando un portazo. Ella solo está mintiendo, ella solo está mintiendo, me repito mentalmente para no aceptar la realidad.

Los monstruos son reales, los fantasmas también lo son, viven dentro de nosotros y a veces, ellos ganan.

No todo es real

Evelin Yuliana Quiroga - 15 años

¿Qué es real? Esa es una de las preguntas que muchos se realizan, pero... ¿qué pasaría si todo lo que vivimos actualmente no es real? ¿Quién puede afirmarnos lo que es real y lo que no? Es probable que nada de esto sea real, no lo sé, desde la llegada de aquel virus psicológico, no sé qué es real, pero no me importa, desde aquel día... ya nada me importa. Es muy probable que esté viviendo en una mentira, pero está bien, todo estará bien.

Todo comenzó un catorce de marzo del año dos mil siete, yo tenía tan solo dieciséis años cuando el virus atacó, tenía tan solo dieciséis años el momento en el que perdí a Frank. Todavía puedo recordar su rostro de pánico, estaba realmente asustado, no tenía idea de lo que le estaba pasando. Si meses atrás me hubiesen dicho que un experimento del gobierno saldría mal y provocaría desgracias y muertes, me hubiese reído, diría que es una locura y que eso nunca podría pasar; que equivocada estaba. Al principio todo era color de

rosa, todo estaba bien, Frank y yo éramos los mejores amigos, hacíamos todo juntos excepto ir al baño, claro. Como decía... todo era perfecto, hasta que un día algo cambió en él, realmente creía que hacía cosas malas por molestarme o simplemente por jugarme bromas, pero no. Nunca fue así; desde la llegada del virus psicológico, todo cambió. Su primera malicia fue asesinar un pájaro. Sus siguientes maldades fueron parecidas, me refiero a que en todas había pájaros, aún recuerdo ese día que ató a esas pobres aves en un árbol para que se las comieran los canes, su cara de satisfacción al verlas morir todavía me desconcierta. Sabía que había algo mal en Frank, pero no quería aceptarlo, simplemente no quería perder a mi único amigo, por esa razón nunca le conté a nadie sobre aquel niño, nunca le conté a nadie de sus acciones, no quería que lo separaran de mí. Frank y yo éramos conscientes del virus psicológico, sabíamos lo que provocaba, todos los canales de televisión hablaban de lo mismo; Era un virus potente, se estaba extendiendo por todo el mundo; según los reporteros, cada día era peor, a cada hora nuevos casos se daban a conocer, la gente estaba desesperada; Los especialistas informaron que no faltaba mucho para que ese virus psicológico llegara a nuestra ciudad. Según los doctores, cuando alguien contraía el virus psicológico, el cual denominaban "VPCO", provocaba confusión en la persona, deterioro de neuronas,

alucinaciones, además inducía a que la persona imaginara hechos que no existen, en pocas palabras, aquella persona que contraía el VPCO perdía la cordura; cabe destacar que el virus atacaba de diferente manera a cada persona, como si tuviera elegidos. Lo peor de todo es que aquel virus no mataba, provocaba que la persona infectada se quitara la vida de la desesperación. Realmente no me importaba, me importó en el momento en el que Frank lo contrajo y no lo sabía. Él siempre lo tuvo, y nunca me di cuenta... hasta aquel día.

—Dile que pare— me susurró Frank sollozando— Esto me está matando, está ordenándome que haga cosas que no quiero hacer.

—¿Qué clase de cosas? — pregunté grave.

—Quiere que maté personas— dijo asustado- Me duele mucho- sollozó- por favor, dile que paré, me está lastimando.

Sabía que no podía hacer nada, era indiscutible. Bueno, sí, había algo que podía hacer; días antes, Frank me pidió que lo matara, decía que el dolor era muy fuerte, sentía que alguien clavaba cuchillas en su cabeza; pero aun así, le dije que no, hasta ahora. Verlo sufrir era de las peores cosas que podía ver, quería que estuviera bien... Por esa razón, no dudé en golpear su cabeza contra una piedra repetidas veces, una y otra vez, hasta destrozar su cráneo; ahora está bien, ahora ya no sufre. Pero ni siquiera me percaté de que era

de noche, cuando hace unos segundos era de día, ni que estuviese en mi casa, cuando estaba en el bosque; nada me importó, quizás nada era real, pero está bien, todo está bien ahora.

CATEGORÍA 2

De 18 a 24 años

Un asesino serial

Lourdes Albarracín - 19 años

Casi diez días de sentir este miedo a lo desconocido, este miedo al hombre invisible, si es que se puede decir hombre, ya no se sabe lo que es. El primer día que me dijeron quédate en casa me preguntaba si era necesario esta medida, es decir quizás no le daba la importancia que el tema requería; no estaba de acuerdo con el cierre de la facultad, era los que más me dolía de todo, el miedo a perder un año de carrera me horrorizaba mas, que las muertes que este hombre sin cuerpo venia dejando a su paso por el mundo. Quizás era pura obra de mi ignorancia, de mi inconsciencia, o de mi pánico a aceptarlo.

Ese primer día las personas circulaban por las calles como que si nada pasara, asían sus vidas cotidianas, iban y venían sin prestarle atención a las recomendaciones de los expertos, las ciudades aun se hallaban pobladas hasta altas horas, sin pánico, sin miedo, tan solo se respiraba un aire de libertad absoluta, aunque pensándolo bien era más un libertinaje a no respetar las ordenes que venían de arriba.

La cuestión fue cambiando cuando declararon una “cuarentena absoluta”, cuando nos dijeron: —“ te debes quedar en el lugar en el que estés a la media noche”—, fue ese el momento en el cual todo comenzó a cambiar, en el que quizás la mayoría de la sociedad comenzó a tomar conciencia de la importancia que traía consigo este asesino serial el cual ya venía visitando grandes potencias del mundo y que ya estaba llegando a esta extensión de tierra, una tierra llena de problemas sociales, deudas externas y un gran dolor de cabeza; ese fue el momento en el que esas personas que quizás no habían tomado con seriedad esa orden llena de impotencia y miedo, o quizás tomaban como un capricho mas el quedarse en casa, fueron detenidos por miles de personales de las fuerzas de seguridad y quizás fue desde allí que algunos empezaron a caer en esta cruda realidad, una realidad que nos iba alcanzando poco a poco y que nos negábamos a aceptar.

Al transcurrir los días se comenzó a visualizar el pánico en todos lados, las colas en los supermercados eran larguísimas, los cajeros ya no daban abasto, era una panorámica de la posible pérdida del mundo, de una posible y quizás clara devastación de esta realidad en la que vivíamos hasta entonces; en las charlas rutinarias de todos los hogares tan solo se hablaba de ese hombre que había venido a paralizar el mundo, que había venido a declararnos la tercera guerra mundial, el

solo a millones de personas, él solo sin ninguna arma más que él mismo, él a quien no podíamos atacar ni con la bomba más potente del mundo.

Estos días largos, sin tiempo, sin principio ni final, servían para darnos cuenta de muchas cosas, de muchos cambios que debíamos comenzar a hacer en nuestras, casi diría, miserables vidas, cambios a presente y a futuro.

En los canales de televisión todo giraba en torno a este ser de cara cubierta, quizás le daban mucha prensa, quizás lo estaban volviendo una estrella mundial, o quizás nos alertaban al cuidado; el ver como tantas personas morían día a día, nos paralizaban absolutamente, nos quitaba el poco aire que llegábamos a encontrar en ese espacio de cuatro paredes, de cuatro por cuatro en algunos casos, o de dos por dos en otros: pero sin duda el aliento de vida llegaba nuevamente, cuando veíamos a esos “héroes sin capas” como dicen, o como yo diría esos héroes más reales, mas humanos, cuando visualizábamos su trabajo, su accionar, caíamos en conciencia de la importancia de su trabajo, de su heroísmo, de su azaña, de su poder sobrenatural; fue allí cuando comenzamos a comprender que no estábamos solos, que teníamos a nuestros héroes guardianes, esos héroes que cuidaban de nosotros, que daban la vida por nosotros, esos héroes reales que ponían su pecho frente a este hombre invisible.

Comenzamos a darnos cuenta de que si todos poníamos nuestro granito de arena, sin distinción de nada, podríamos combatirlo, y que ¡sí!, que este hombre sin rostro llegaría pero que no nos atacaría desprevenidos, y que le podríamos ganar en esta guerra, que el premio sería nuestro. Comprendimos que todos juntos, pero cada quien en casa haríamos la diferencia, que cuidarnos a cada uno sería como cuidarnos a todos, y sin dudas aprendimos ese dicho tan valioso que dicen nuestros abuelos, que: “después de la tormenta viene la calma”, en estos casos la tormenta sería un ser atroz, un asesino serial, y la calma una vida llena de aprendizajes, amor y tolerancia, llena de personas solidarias, capaz de ayudar y sin duda alguna, un mundo lleno de héroes reales, de carne y hueso, héroes sin capas.

Ahora ya no sé que pasará, pero la segunda parte de la historia se las contaré mañana, mañana en un futuro no muy lejano, en un mundo sin un asesino serial, sin una tercera guerra mundial.

El mal invisible

Fabrizio Angelicola - 23 años

Bajo el cielo gris de una mañana de invierno, en un enorme y transitado parque, un gran grupo de mercaderes de distintas procedencias instalan sus tiendas comerciales de alimentos, artesanías, suvenires, metalurgias, y muchas de cosas más, formando un mercado al aire libre. Entre los mercaderes, un cocinero con una apariencia desarreglada y con un color extremadamente pálido en su piel, revolviendo una inmensa olla de guiso se encuentra con un ataque de tos con la que logra tapar con la boca con las manos. Del otro lado del mostrador, un hombre con traje espera su pedido.

—Dale amigo, se me está haciendo tarde— Le dice el hombre.

—Ya sale, jefe— Le contesta el cocinero.

El cocinero vuelve a toser, ahora sobre la olla, pero no le da importancia, y toma un cucharón para servir un poco del guiso sobre una bandeja descartable. Mientras envuelve la bandeja, una gran cantidad de vapor empieza a surgir de la olla, formando una figura humanoide con cabeza, brazos esqueléticos y el rostro de una calavera, con rasgos espectrales y también

con un par de enormes ojos mas fríos que el mismo invierno. El espectro observa como el cocinero le entrega al hombre su pedido, este se les acerca y ve con satisfacción como las manos de ellos hacen contacto a través del paquete. Ni el cocinero ni el hombre logran ver al espectro, sin embargo, éste observa detenidamente como el hombre le paga al cocinero haciendo que sus manos vuelvan a hacer contacto, lo que causa una aterradora sonrisa en su mirada. El hombre se retira apresuradamente y el espectro lo sigue solamente para posteriormente atravesarlo por la espalda, lo que le causa al hombre un violento ataque de tos, el espectro se voltea y lo observa por un momento hasta que consigue aumentar de tamaño.

El hombre consigue dejar de toser y se dirige hacia la parada de colectivos, allí se encuentra con un joven a quien saluda con un cálido abrazo. El espectro observa cómo tienen una breve charla hasta que el colectivo llega hasta la parada, el joven se despide y sube al transporte lleno de pasajeros. El espectro llega hasta el joven a una gran velocidad y ahora, también dentro del colectivo, lo atraviesa. El joven cobra un ataque de tos del cual es incapaz de controlar, el espectro vuelve a hacer una macabra sonrisa y comienza a atravesar a todos los pasajeros, uno por uno a una gran velocidad.

Después de avanzar unas cuadas, el joven y otros pasajeros más descienden del colectivo, todos ellos

con un ataque de tos lo que provoca que el espectro vuelva a aumentar de tamaño, ahora formando también una gran musculatura. El joven ve a un niño con su madre a quien se le cae una bolsa del supermercado, sin titubear levanta la bolsa y se la da al niño. La madre le agradece al joven, poco después nota como todas las personas se hayan con una fuerte tos lo que la intranquiliza y los hace retirarse. El espectro, haciéndose cada vez más grande, se aproxima hacia el niño con una gran velocidad hasta que nota que la madre saca algo de su bolso, lo que lo hace frenar de golpe. Se mueve lentamente alrededor de ellos y nota que la madre estaba echando un aerosol a su hijo, y luego se lo hecha en ella misma, el espectro hace una risa burlesca e intenta atravesar al niño, sin embargo, éste choca con un muro invisible que lo rodea, confundido lo vuelve intentar para luego volver a rebotar, aun sin entender que pasa observa a la madre, quien ahora se haya mas tranquila. La madre y el niño siguen caminando hasta llegar hasta su casa, mientras sacan la llave el espectro se acerca a la mujer e intenta atravesarla, ahora lentamente y solo utilizando su mano, pero solo consigue conseguir una gran quemadura en su brazo, causándole un dolor insoportable lo que lo obliga a retroceder. Ahora solo los observa con frustración cómo entran a su casa, se aproxima hacia el ventanal y observa que adentro se haya una niña, junto a su abuelo. El espec-

tro se retira rápidamente de la casa, se dirige a lo alto del cielo, desde donde puede ver cientos de personas circulando por las calles, lo que lo hace volver a sonreír.

Dos semanas después, durante una tarde helada, el abuelo, junto con los niños, ve en las noticias que se desató una epidemia de gripe en la ciudad y en otros países durante las últimas semanas.

La madre da vueltas por la casa mientras habla por teléfono.

—Bueno, dale. Pero apúrate que dentro de poco empieza la cuarentena. Bueno, chau—. La madre cuelga. Al cabo de unos minutos tocan la puerta de la casa. Los niños se dirigen hacia la puerta, al abrirla se encuentran con su padre quien lleva un barbijo cubriendo su rostro y un montón de bolsas del supermercado en sus manos. El padre sonríe y levanta los brazos para recibirlos a la vez una masa gigante de vapor llega detrás de él, es el mismo espectro. El vapor contorsiona hasta formar la figura que tenía antes pero ahora con un tamaño gigantesco y una apariencia monstruosa en su mirada, una mirada sedienta que libera una gran lengua. La madre los detiene a los niños y al padre, y se acerca a él sacudiendo un aerosol en la mano.

— Ya sabemos cómo es esto— . Le dice la madre.

El padre suspira, se aleja unos pasos de los niños y levanta los brazos en forma de cruz. La mujer empieza a echar el aerosol sobre el todo el cuerpo del padre y

sobre las bolsas lo que le lleva un breve momento.

—Ahora, sí. Todos adentro— Les dice la madre.

Mientras entran a la casa, el espectro intenta arrasar con toda su fuerza contra la familia con uno de sus gigantescos brazos, pero solo consigue rebotar contra ellos. El espectro no lo puede creer, después de haberse fortalecido no consigue hacer de las suyas con la misma familia e intenta varias veces, pero cada uno de sus golpes vuelven a rebotar.

—Vamos, pasen. Les dice la madre, se da media vuelta mirando hacia afuera.

—No quiero ningún virus acá— Y cierra la puerta. En su frustración, el espectro hace grandes esfuerzos para poder entrar a la casa dando varios golpes y tratando de meterse por los orificios, con cada intento su cuerpo recibe daño y su tamaño va disminuyendo, casi hasta el punto de su estado inicial. Al contemplar su estado actual intenta buscar a otras personas para volver a crecer, sin embargo, no encuentra a nadie por las calles, e intenta entrar a otras casas, pero obtiene el mismo resultado. El espectro se debilita cada vez mas y el tamaño de su cuerpo disminuye rápidamente hasta tener el tamaño de una hormiga, a lo que hace un grito de ira para luego desaparecer.

La esperanza de las flores

Carla Andrea Rivas - 19 años

Todo el barrio se encuentra desierto, tanto de día como de noche. Las personas, dentro de sus casas, se ponen repelente de insectos cada 20 minutos. La causa de este miedo colectivo es una pequeña araña llamada Kodda. La misma es portadora de un extraño virus contagioso que produce una lenta inhibición de la contracción de las células musculares; en especial las cardíacas. Por lo tanto, cualquier ave o mamífero al ser picado por este arácnido infectado padece una insuficiencia cardíaca progresiva, que al cabo de 14 a 21 días ocasiona la muerte. El virus se transmite por relaciones sexuales y por medio de la sangre. Sólo los anfibios y reptiles son inmunes a este veneno, ya que las células de su piel, mediante mecanismos de variación de temperatura permiten que la circulación sanguínea se mantenga estable. Se desconoce el efecto que produce esta sustancia en el resto de los seres vivos. Lo preocupante de estos arácnidos, es que al ser de un color verde claro, pueden camuflarse fácilmente

en plantas, hojas de árboles y césped. Por esto, todas las personas evitan entrar en contacto con sus fondos y jardines.

En el jardín de María Esther, sus plantas se encuentran tristes porque la abuelita no sale a regarlas. Solo abre la ventana desde la mañana hasta el mediodía, luego la cierra porque el calor es agobiante.

— Hace más de una semana la señora no se acuerda de nosotras— dice el Malvón, triste.

— Ya se están secando mis pétalos— dice la Margarita, desanimada.

—¿Por qué no saldrá a regarnos? — Pregunta la Hortensia.

— Escuchamos que por teléfono le dijo a una de sus hijas que no saldría ni al fondo ni al jardín, por miedo a las arañas— Agregan las alegrías del hogar

— Tranquilas, chicas, no se preocupen. Pronto una lluvia regará nuestras hojas y pétalos. — Les dice la Rosa

—¿Que te sucede a ti Rosa? Todas, excepto tú, decidimos no brotar. Solo tú estás a punto de dar Flor, tienes 7 pimpollos a punto de abrirse. Deberías estar preocupada. ¿Qué pasará si se secan? O, peor aún, ¿qué sucede si te pica Kodda? — preguntó el Helecho.

— Si se secan volveré a dar flor en otro momento, querido helecho. Y tampoco me preocupa la araña, sé que nuestros amigos los sapos nos protegerán de

cualquier insecto extraño que quiera hacernos daño.

— Ah no, yo no dejo que se acerquen. Son tan feos que prefiero ser picada antes que ser mirada por esos horribles ojos saltones— reconoce la Margarita.

— También pienso que los sapos nos protegerán, lo que me preocupa es que pronto nos secaremos si no recibimos agua.— dice el Malvón.

Llega la tarde; el cielo se oscurece y grandes nubes negras cubren el sol. Se desata entonces un fuerte viento, acompañado de truenos y relámpagos. Lluve por dos largas horas y ,poco a poco, las gotas dejan de caer. Al anochecer, finalmente el cielo se despeja y se pueden ver brillantes estrellas.

— ¡Que Alegría! Recibimos el agua que necesitábamos— Comenta, agradecida, la Rosa.

— Espero que llueva más seguido, con este calor nos hace falta una buena cantidad de agua— dice la Margarita.

Pero, de repente, algo está pasa; llegan los tres sapos amigos de la Rosa y se ponen a su lado. Como no quiere que las demás se alarmen les pregunta en secreto:

— Chicos, ¿algo extraño entró al jardín?

— Si Señora— le responden— se trata de las famosas arañitas asesinas.

— ¿Qué es eso que está subiendo por mi tallo? ¡Es la araña! ¡Socorro, sáquenmela! — Exclama aterrorizada la Margarita. Todas las compañeras comienzan a gritar.

- Chicos, ¿pueden hacer algo por ella?
- Está bien, señora, pero nos ha ofendido. Nos llamó feos y con ojos horribles y saltones. Sin embargo, lo haremos por sus súplicas.
- ¡Rosa! ¡Diles a tus amigos que me salven! ¡De lo contrario moriré!
- Están dirigiéndose a ti, ya llegan. — Intenta tranquilizarla.
- ¡Aquí estamos! —dice un sapo—Estiraré mi lengua y la comeré...— dice otro.
- ¡AAAAAAYYY! ¡Siento un intenso dolor en el tallo y no siento las raíces!
- Señora Rosa, ya acabamos con el bicho pero creemos que llegamos tarde...

La Margarita deja de responder. Al parecer, el veneno en las plantas produce trombosis en las raíces más profundas. Por lo tanto, se corta la circulación de savia hacia el tallo, hojas y flores. La muerte de las plantas resulta ser más rápida que la de los humanos.

Al día siguiente el Helecho tampoco responde. En las plantas, el contagio se produce a través del polen de las flores, que por el viento llega a la que se encuentre más cercana y la infecta.

Las muertes de la Margarita y el Helecho generan en las plantas un profundo miedo. No duermen, miran sus hojas y tallos a cada instante. La paranoia en ellas se hace cada vez más notable. Sin embargo, ninguna

otra planta del jardín se contagia porque el Helecho, al no tener flores, no tiene polen que pueda transmitirse.

Mientras una colonia de sapos cuidaba el vergel, también crecía en ellas la tristeza, debido a que la abuela abría su ventana solo unos pocos minutos al día.

— ¡Rosa! ¡Mira cuantos pimpollos nuevos tienes! ¿Te arriesgas a dar tantas flores aunque la araña pueda picarte y aunque la abuelita nos haya olvidado? — preguntan todas.

—Estoy segura que no nos ha olvidado. —responde la Rosa— Somos la única compañía que tiene. Lo mejor que podemos hacer por ella es florecer y llenarle de color y alegría su jardín. Tengo la esperanza de que pronto volverán sus hijos y nietos y les encantaría ver un jardín repleto de flores y colores. Con respecto a la araña, tampoco me preocupa. Los sapos están buscando refuerzos. Tres de ellos se quedarán alrededor mío y los otros vigilarán cada parte del jardín. Por suerte, estas arañas ingresan de a una. Si ven que hay muchos sapos vigilando, no se arriesgan a ingresar.

Pasan dos días, y la rosa florece. Al abrir la ventana la viejita ve esto y se apresura a tomar el teléfono para contar esa noticia, que tanto la había alegrado, a sus hijos, nietos, vecinas y amigas.

Las plantas entienden que más contagioso que la enfermedad, es el miedo, la impaciencia y la falta de fe. Al ver la esperanza de la Rosa, sus compañeras también flo-

recen. Así el jardín de llena de coloridos pétalos de malvos, hortensias, alegrías del hogar y muchas flores más.

CATEGORÍA 3

Mayores de 25 años

Toc-toc, alguien anda por allí

Alejandro Gil

Era y Dionisio habían vivido encerrados y muy juntitos nueve meses y poco más. Allí dentro, donde estaban, jugaban y nadaban suavemente, algo incómodos algunas veces, pero riéndose siempre. Como buenos hermanitos cómplices a rabiarse, hacían travesuras que sorprendían a mamá. Hacían toc-toc con sus patitas, con sus puños al desperezarse y con uno que otro rodillazo cuando se enojaban entre ellos para ganarse un mejor lugar.

Al cabo de ese encierro de nueve meses y un poco más, la mamá y la naturaleza dijeron:

– Bueno, chicos, ¡ya es tiempo de salir!

Muy obedientes ellos, aceptaron la invitación. Ahora la cuestión era decidir cuál de los dos saldría primero a ver el sol.

– ¡¡¡Me pido prí!!!, gritó Era, aún sin saber hablar.

– Yo lo pedí antes, murmuró Dionisio, que tampoco tenía el don de la palabra.

– ¡Mentiras, Dionisio! ¡Sos un charlatán!

Al final, con piedra papel o tijera, solucionaron el problema.

– Está bien, hermanita, salí vos primero, dijo Dioni resignado.

– Gracias, mi negrito, sos todo un caballero. Como escuché que dicen allá afuera: “las damas primero” es lo que debe ser. (Era tenía esa extraña forma de hablar en verso del derecho y del revés.)

Los Mellis fueron andando y rodando por el mundo exterior, absorbiendo las cosas que necesitaban aprender. Al principio iban muy lento y dependían de sus papás, luego tomaron envión. Dejaron los pañales y también el biberón. Luego comían solitos, enchastrándose bastante, eso sí, de la coronilla hasta los pies. Pasó el tiempo del gateo, el de pararse y el de caerse y en menos que canta un gallo supieron caminar y correr.

¡Al cumplir los tres años hablaban hasta por los codos! Con palabras muy difíciles y las inventadas también, se hacían entender.

Un día, Era y Dioni, en la sobremesa familiar, con una pata de pollo cada uno en las manos comenzaron a contar:

– Estaba un pajarito en el baño y otro, apurado, quería entrar. El que estaba afuera, tras la puerta, le dijo al otro: “¿¡Pío-Pío!?”, y el de adentro contestó: “¡Po-Pó!”.

A la mañana siguiente, toda la ciudad había sido abrazada por un gran gran silencio y no pudieron ir al Jardín de Infantes donde tanto se divertían. Al mundo le había llegado una peligrosa pandemia. Los Mellis,

otra vez, estuvieron en un encierro, pero no tan amoroso como el de la panza de mamá.

¡Toc-Toc!, se escuchó en la puerta principal de la casa donde vivían con el papá y la mamá y un perrito peludo que se llamaba Juan.

Los Mellis se acercaron y preguntaron: – ¿Quién es?

– Soy yo el virus, necesito pasar.

– ¡Ni que tengas corona te dejaremos entrar!

Y siguieron jugando, como si nada, con las pompas que fabricaban al lavarse las manos muy seguido con jabón.

Ahora te toca a vos continuar con esta historia:

¿Qué estará haciendo Dioni con la burbuja multicolor?

Y Era, ¿qué canción estará inventando?

Muy seguramente una hermosa, como la que estás creando en tu cabecita vos.

¿Me la cantás, por favor?

Doña cocina

Mirta Elda Sema

Voy a contarles algo que me explicó mi mamá y es que nos quedaremos en casa por varios días con mis hermanitas y mi papá, no podremos salir a pasear, ni al colegio porque allá afuera hay algo muy peligroso si salimos nos podemos enfermar, entonces ella está preparando actividades para que pasemos bien estos días en casa, ya hizo muuuuchas compras, tenemos miedo porque ese bicho es muy malo, pero vamos a ganar, quedándonos juntos en casa

Una pregunta les voy a hacer:

– ¿Cuál es el mejor lugar de la casa para ustedes?

Para nosotros, la reina de la casa es doña cocina, ahora está desordenada, tiene la cara sucia con mostaza porque, con papá hicimos panchos y mi hermanita Luisina, que es pequeña, se mancha la ropa y todo lo que toca. Doña cocina sigue sucia, un puchito de harina con agua se quedó pegado en la alacena y la puerta del horno tiene masa colada, de alfajores de maizena. A papá le hicimos bigotes de dulce de leche con coco rallado. ¡Ay cómo quedó! Todo endulzado.

¡Qué divertido es jugar mientras cocinamos!

Los pelos de don escobillón van y vienen por el piso y los rulos acerados de doña esponja pasan y repasan la mesada y la bacha, porque por muuuuchos días nos quedaremos todo el tiempo en casa hasta que el bichito virus se vaya. Me gusta estar en casa cocinando con papá y mamá revisando todos los rincones de la casa, para que no tengan sucia la cara.

El sobreviviente

Claudia Sivina Acosta

En Tucumán, en un pueblo alejado de la capital, lo encontré como cada siesta, bajo el algarrobo, mirando las vainas que se colgaban de las ramas ya tornadas amarillas en aquel verano.

El anciano se divertía con los chicos que pasaban en bicicleta y una sonrisa le contagiaba de vez en cuando.

La voz de su hija le corto el momento: — ¡Papá, vení acóstate un rato!, lo buscó, lo tomó del brazo y lo condujo a la cama, no tardo mucho en dormirse.

Pero esta vez fue diferente, no sé cuánto tiempo durmió, tal vez fueron semanas o meses.

Cuando despertó llamo a su hija y no le contesto, entonces llamo a su esposa, una anciana que de salud estaba un poco mejor que él pero tampoco respondió.

Llamo a su nieta, la niña era inquieta y siempre corría a su regazo cada vez que la hablaba pero no acudió a su llamado.

Con mucho esfuerzo se incorporo y camino hasta el algarrobo, en ese momento un camión del ejército se detuvo frente de él.

Un joven soldado salió corriendo y lo abrazo con los ojos llenos de lágrimas y lo mantuvo así un largo rato.

Luego de aquel día que se decreto el fin del virus COVID-19 nadie pudo entender como un anciano con demencia senil de 86 años fue el único sobreviviente de aquel lugar...

No estamos tan solos

Paulo Luis Patricio Olmos

Desperté con el cuerpo todo adolorido. Esto de dormir por las noches en el suelo no me gusta nada. Encima no encontré ni un cartón, ahora la gente guarda el papel, “por las dudas”, no sé para qué, y como no hay movimiento de nada, tampoco hay mucha hoja que digamos; para colmo esta llovizna de miércoles.

La calle desierta me llena de nostalgia y melancolía, y me acuerdo de esa mañana, que nada tiene que ver con la de ahora, en que mi “familia” me llevó a conocer el centro y estaba lleno de gente y de autos y de motocicletas. Recuerdo que me puse medio intranquilo:

—Quedáte quieto, ¿querés?— me dijo la mujer que me cuidaba— sos un mal criado vos— y después me dio un tirón para que me calmara.

Yo estaba un poco tristón, me habían separado de mi vieja, dijeron que éramos muchos y que ella no iba a poder cuidarnos a todos, la negra era buena, pero por desgracia, demasiado fecunda. Siempre estaba llena de hijos y de necesidades, así que nos separaron. De mis hermanos ya ni me acuerdo, éramos todos chiqui-

tos y cada uno se las tomó para una casa distinta.

Empecé a caminar, mirando para todos lados, como quien busca algo, como quien lo ha perdido todo; sin rumbo. Las calles desoladas de las peatonales llegaban a mí como mares de cemento, me pregunté dónde se habían metido todos. “Son unos miedosos” – pensé – y me detuve a mirar una vidriera. Algún empleado distraído, se había olvidado encendido un televisor grande en una tienda de electrodomésticos. En el noticiero decían que la gente se estaba muriendo menos, que muchos se habían recuperado, pero que de todos modos se extendía el encierro para prevenir que ese virus que tiene nombre con letras y números (yo no sé leer) se siguiera propagando. Después hablaron de un tipo rubio de no sé qué país que dijo que era peor el remedio que la enfermedad, pero las noticias me aburririeron pronto y seguí caminando.

A lo lejos, otras sombras como yo deambulaban en silencio, otro grupo de vagabundos, más lejos, se habían juntado y marchaban murmurando entre dientes. Pensé en unírmeles, pero no, a mí como que me gusta estar solo, no sé, siempre fui medio raro, medio desconfiado.

Los pasos perdidos me llevaron hasta la avenida principal de la ciudad, de repente el alarido de la sirena de un patrullero, estalló en mis oídos, rompiendo la calma de la mañana mojada. Me escondí rápido detrás de los árboles de la vereda, como si fuera un ladrón, o

un fugitivo buscado. El coche bajó la marcha, un policía con cara de cansado miró desde adentro, primero para la izquierda y después en la dirección contraria, no buscando nada, sino como cuando uno mira por mirar nomás. Inmediatamente retomó la velocidad y continuó a toda prisa, hasta convertirse, a los lejos, en una pequeña manchita y después desaparecer.

Adentro mío, el corazón siguió dando patadas por un largo tiempo y al rato se fue apaciguando. Yo me quedé ahí un momento, pensando, pensando en el triste destino de los abandonados, de los que estamos de más en la vida de los otros.

Aunque al principio a mí me querían. Pero después vinieron los hijos propios, los gastos extras, las niñeras, las prepagas y el colegio, y claro, nadie quiere criarles los hijos a los demás. Intentaron devolverme, y me devolvieron, y me llevaron a la choza de al lado del puente, pero mi vieja ya no vivía allí, pero igual me dejaron. Y mi madre fue la calle, y así me mantuve hasta ahora, porque en el mundo también hay mucha gente buena. Sin embargo, pasa que ya no soy un pibe, y a veces las patas me duelen de tanto buscar la comida, y ahora que el Gobierno mandó a que todos se aislaran la cosa se puso más dura.

Así estoy rumiando, y enredándome en un montón de pensamientos, y empieza a nevar - ¡no puede ser! ¡eso en mi ciudad no sucede!- pero no es nieve fría y

blanca... son migas, migas calientes y ennegrecidas; -¡es pan!- Levanto la mirada, unos ojos negros llenos de humanidad me miran por encima de un barbijo blanco y manchado, yo también lo miro al dueño de esos ojos, no tengo desconfianza, pero me tomo mi tiempo. Al rato me acerco, el tipo del barbijo me toma entre sus brazos y me sube al carro que empuja, me tapa con dos cartoncitos viejos y humedecidos, me restriego entre el papel, le muevo la cola, y finalmente, le ladro en lenguaje de amigos. Los dos nos damos cuenta de que ya no estamos tan solos y entonces nos vamos.

Cuarentena / ... [et al.] ; editado por Luciano Jorrat. -
1a edición especial - San Miguel de Tucumán : Es-
MeCu, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4133-11-3

1. Narrativa Argentina. 2. Pandemias. II. Jorrat,
Luciano, ed.
CDD A863

© 2020, EsMeCu

© 2020, Luciano Jorrat

Editorial EsMeCu

San Miguel de Tucumán, República Argentina

Diseño: Daniela Valdecantos

Editor: Luciano Jorrat

Producción: Creativamente Estudio

Esta edición se terminó de imprimir en di-
ciembre de 2020 en San Miguel de Tucumán.

No está permitida la reproducción parcial o
total de este libro, ni su tratamiento informá-
tico, ni por cualquier otro medio, sin el per-
miso previo y por escrito de los titulares del
copyright.

ISBN 978-987-4133-11-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

CUARENTENA

Durante el año 2020 frente a la pandemia producida por el COVID-19, el espacio **Mundo PipíCucú** ha realizado una serie de concursos literarios a fin de brindar dada la cuarentena a niños, jóvenes y adultos, propuestas culturales en torno al buen uso del tiempo libre.

En **Cuarentena** habitan los trabajos que han sido galardonados. En cada uno de los cuentos, desde perspectivas inesperadas los autores resignifican diversas visiones sobre la pandemia, lamentable suceso que en la historia de la humanidad enmarca un antes y un después.

Luciano E. Jorrat
Director de EsMeCu


EsMeCu
editorial

